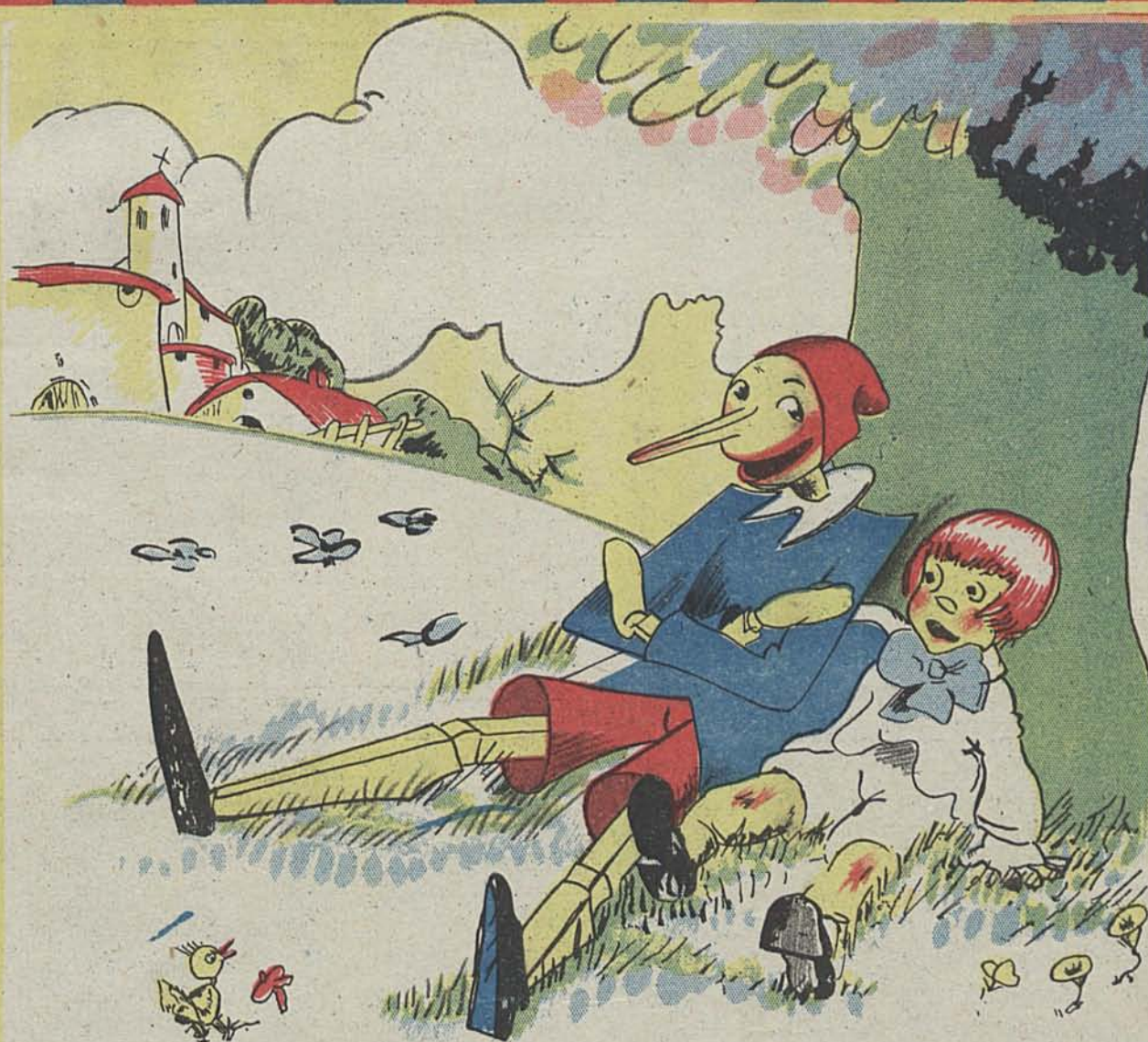


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 270

25 cts

20. ABRIL
1930



- ¡QUÈ BIEN HUELE EL CAMPO!
- ¡COMO QUE POR AQUÍ VIENE MUCHA COLONIA!
- ¡COLONIA?
- ¡SÍ, VERANIEGA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

¡Un periodista y un aventurero! Se podría escribir en colaboración una interesantísima

novela: la novela de mi vida.

Yo sonreí; después de todo, la idea era bastante genial.

—Pero mi visita—continuó Kōwaes—tiene otro objeto, además del muy grato de expresarle toda mi admiración. Necesito hacerle a usted conocer ciertos detalles que rectificarán su juicio y el del público respecto a mí...

Al oír estas palabras, yo dejé súbitamente de ver en mi interlocutor sólo al criminal más temido y perseguido del mundo. Mi espíritu vigilante de periodista, pronto siempre a coger al vuelo la noticia o el particular interesante, aguzó sus buenas orejas como un perro que ha atisbado su presa; y mi mano empuñó instintivamente la pluma, apoyando los puntos en una hoja virgen de escritos, pronta a reproducir velozmente en signos gráficos lo que mi extraordinario informador iba a decirme.

—Es menester que yo siente de antemano la afirmación—empezó Kōwaes, después de haber encendido un grueso habano—de que en toda mi larga y azarosa carrera, ninguna empresa me ha producido tantos engorros y tantas preocupaciones como la del Arsenal de Tolón...

—¿También usted tiene sus disgustillos?—observé yo con ironía.

—¿Qué quiere usted? La vida, para el que no vive de sus rentas, ofrece siempre algunas contrariedades.

—Especialmente cuando se quiere vivir como usted... a costa de los demás...

Kōwaes sonrió, sin ofenderse poco ni mucho.

—En segundo lugar, deseo sepa usted que en la ejecución de mis proyectos, he querido y querré siempre no tener remordimientos de carácter trágico. Cuido de que mis operaciones no tengan que costar la vida a ninguno de mis semejantes. Ni la vida ni las más pequeña gota de sangre. Tocante a la propiedad, soy socialista: lo que es tuyo, es mío; pero la vida de un hombre es sagrada, y yo sé respetarla. Por lo demás, usted mismo debe reconocer que si me achacan muchos hurtos, no se me puede acusar de ningún delito. De vez en cuando, los periódicos anuncian que Kōwaes ha hecho otra de las suyas: hoy es el Banco de Mónaco que no da con sus talonarios; mañana es el príncipe de Gales que pierde uno de sus preciosos diamantes; pasado mañana un joyero de Berlín que ve sus escaparates higiénicamente limpiados hasta del polvo; más tarde, es la Embajada rusa que se da cuenta de haberme pagado el estipendio de todo el cuerpo diplomático; otra vez aún es el Municipio de Brujas de cuya caja desaparece el importe de las contribuciones trimestrales apenas ingresadas (y quién sabe cuán agradecidos quedarán los buenos contribuyentes que habrán reído de gusto a expensas del Concejo... ladrón); y así sucesivamente por la ya interminable serie de mis operaciones financieras. Pero todo llega a término de la mejor de las maneras, sin que nadie tenga que lamentar el más mínimo arañazo. Pláceme el color del oro, pero tengo una invencible aversión por el rojo-sangre. Dependerá tal vez de la excesiva sensibilidad de mi sistema nervioso... Pero el hecho es que soy así... Esto creo que debe tranquilizar a usted. Cuando venga a buscarle, cuide usted de su caja, si la tiene...

—No la tengo... por ahora al menos...

—Lo siento... por usted. No por mí, como

podría malignamente suponerse, porque yo pienso que la gaveta de un periodista no vale quizá el riesgo de intentar el golpe. ¿No es verdad? Pero, en fin, no tiene usted que temer por su vida.

—¡Menos mal!

—Vea usted. Si invirtiéramos las partes, y yo me pusiera en el pellejo de usted, sería del mismo, del mismísimo parecer. ¿usted me quita la cartera?

—¿Cómo?

—Hablo por hablar. ¿Me quita usted la cartera? Pase, me resarciré por otro lado. Pero, si en lugar de esto, me quisiera usted obsequiar con una bala de su revólver en los sesos, la cosa sería mucho más antipática y molesta. ¿No?

—Exactísimo.

—¡Qué demonio! Oro, lo hay a paletadas, pero la piel es una sola para cada uno y no puede mandarse hacer otra a la medida, ni siquiera comprarla usada y de lance.

—Perfectamente.

—Así, he tratado y trato siempre de no perjudicar físicamente a las que usted llamaría... mis víctimas. El perjuicio material, el perjuicio financiero que yo les irrogo, es en verdad y a lo sumo atendible, pero siempre considerado en sí, abstracción hecha de las personas o de las entidades a quienes lo inflijo. Mis clientes, o más bien mis proveedores, son efectivamente casi siempre millonarios: soberanos, príncipes, cajas municipales, joyeros riquísimos, bancos; todas, gentes o instituciones que, millón más millón menos, logran siempre enjugar su *déficit* con facilidad. Y, en cambio, le diré a usted que hay cierta clase de profesionales, y precisamente la clase a que usted pertenece, que me guarda, en el secreto de su corazón, mucha simpatía, y hasta me atrevo a esperar que mucha gratitud. Habitualmente, en efecto, se hace mucho ruido en torno a mis empresas. Los periódicos lanzan, a raíz del descubrimiento de mis picardías, un suplemento extraordinario, que les quitan de las manos, y los administradores brincan de gozo, augurándose que no caeré en manos de la

policía, y que reanudaré pronto mi provechosa actividad. Provechosa para mí y para ellos. En cierto sentido, pues, a cambio de practicar el mal, resulto beneficioso a algunos: a usted que escribe el artículo sobre mis últimas gestas, a la administración de su periódico que registra ingresos muy superiores a la media normal, a los tipógrafos que perciben varias horas de trabajo extraordinarias, y, en fin, a los revendedores que duplican la venta.

—Sí—; apoyé con una sonrisa—es usted un bienhechor de la humanidad. Todavía...

—Déjeme acabar, se lo ruego. A veces, es verdad, me veo obligado por exigencias profesionales a poner a las personas que entorpecen la ejecución de mis planes en la imposibilidad de perjudicarme, pero siempre en una imposibilidad temporal tan sólo. Usted mismo ha podido hacer personalmente la experiencia el verano pasado en Egipto: y el hecho es que ahora está usted aquí, en su despacho, y yo celebro encontrarle en el disfrute de una salud perfecta.

—¡Muy amable! Le estoy reconociéndísimo.

Segismundo Kōwaes inclinó la cabeza como para decir: «Ese es su deber», y continuó:

—Por consiguiente, bueno es que esté usted persuadido de que la inviolabilidad personal de mi cliente ha sido y será siempre condición esencial de mi sistema. Y bueno es también que se entere de ello el público, el cual se hará al menos de mí y de mí... honradez un concepto muy distinto. Porque un estafador, un ladrón habilísimo e inasequible, puede aun resultar simpático; pero un asesino es siempre odioso y repugnante... ¿No es así?... Yo aspiro al aprecio y a la admiración del público—¡es otra de mis debilidades!—y deseo por tanto que se me conozca mejor, en vista de que no pienso retirarme todavía... a la reserva, y que tengo ya dispuesta una serie muy larga de proyectos grandiosos, para cuya realización no bastará tal vez el resto de mi vida...

—¡Mi enhorabuena, con mis mejores votos!

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA



PERDIDA EN LAS SOLEDADES DEL AMAZONAS

por
E. Salgari

(Continuación)

pronto una resolución. Separó el ramaje y apareció ante la orilla agitando un paño.

Los indios al ver aparecer a aquella mujer se detuvieron y comenzaron a mirarla con un terror supersticioso. Les parecía imposible ver surgir de la ribera del río entre aquellos inmensos bosques poblados solo por las fieras, una mujer blanca.

—¿Quién eres?—preguntó uno de ellos que hablaba algo español.

—Una mujer que se ha perdido en la selva—contestó la señora Godin—. Si sois menos crueles que las fieras que habitan estos lugares venid en mi socorro.

Los indios parecían dudar. Consultaron entre sí en baja voz durante algunos minutos y al fin, el viejo que hablaba español, dijo:

—Vamos demasiado lejos y tú serías un estorbo para nosotros. Además —agregó— los blancos creerían que te hablamos cogido y maltratado.

—No os preocupéis por eso—, replicó la señora Godin—por el contrario yo les diré que os recompensen vuestra buena acción.

—¿Adónde vas?

—Quiero ir a los establecimientos españoles de Santa Margarita.

—Ven con nosotros—dijo al fin el indio después de haber consultado de nuevo con sus compañeros.

La señora Godin creyendo de buena fe que trataba con indios *mansos* o sea sometidos a los españoles, se embarcó sin desconfianza en la chalupa y reanudó así su marcha descendiendo por el majestuoso Amazonas.

Los indios en seguida le dieron de comer en abundancia y le mostraron al principio algún respeto, pero bien pronto se apercibió la señora Godin de que había caído en manos de comedores de carne humana.

Aquellos miserables ya habían deliberado ponerla en el asador tan pronto como llegasen a su tribu.

La intrépida mujer conocía algunos de los dialectos de los indios y entendió muchas de las palabras que se cruzaron entre sí aquellos fieros habitantes de los bosques.

Fingió mostrarse tranquila y además expresó a sus





salvadores su agradecimiento. Pero no obstante ella no abandonaba jamás su fusil y tanto de noche como de día se mantenía en guardia contra cualquier traicionera agresión por parte de ellos.

Un día, escudriñando el horizonte descubrió una vela. Era un barco que navegaba por el río.

Los indios al verla intentaron desembarcar para llevarse a la prisionera entre los bosques.

Mas la señora Godin comprendió que su vida estaba en inminente peligro. Cargó con resolución el fusil e hizo comprender a los indios que estaba dispuesta a servirse de él si llevaban el barco hacia la orilla.

En aquella época los pieles rojas tenían aun un miedo enorme a las armas de fuego: una sola detonación les hacía huir en desbandada aunque fuesen un ejército completo.

Viendo brillar el fusil en las manos de la prisionera no osaron desobedecer y se encaminaron hacia el barco después de haberse hecho prometer por la dama de que no recibieran daño ninguno.

Aquel velero que surcaba las aguas del Amazonas era un buque portugués que traficaba con las tribus indias diseminadas en las riberas del gran río.

El capitán y la tripulación hicieron una afectuosa acogida a la valerosa mujer y prometieron conducirla hasta los establecimientos españoles de Santa Margarita.

Por su parte la señora Godin cumplió fielmente su palabra.

Los indios no fueron maltratados por los blancos y por el contrario recibieron como regalo algunos collares de vidrio y espejitos.

La navegación por el último treeho del Amazonas se realizó sin contratiempo alguno en veinte días al cabo de los cuales la señora Godin pudo saludar al Océano Atlántico después de haber atravesado casi sola todo el continente suramericano.

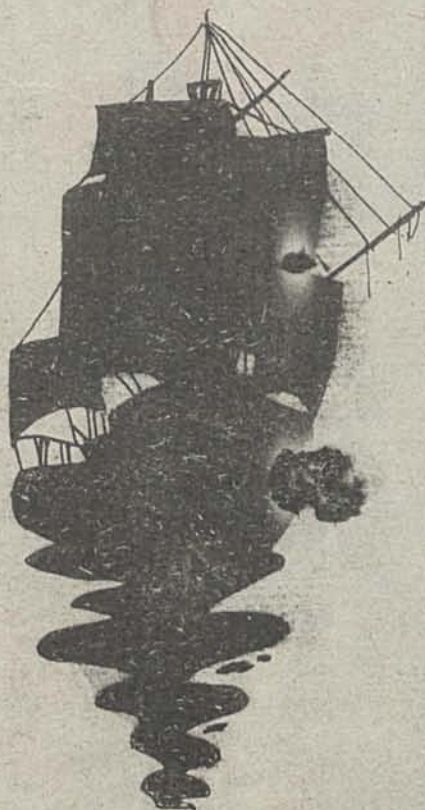
Al llegar a Santa Margarita se embarcó en una nave que iba con rumbo a los establecimientos españoles del Golfo de Méjico y finalmente llegó a la Guayana francesa y abrazó después de tantos años de separación a su querido esposo, el cual, no solo había sido curado sino que además pudo recoger una fortuna considerable.

A pesar de tantas vicisitudes y tantos sufrimientos, la señora Godin vivió aún muchos años y al fin

murió en Francia donde la llevó su marido para disfrutar en paz de las riquezas ganadas en América.

Como recuerdo de la maravillosa proeza realizada por su madre sus amantes hijos fundaron un hospital, un hermoso edificio, modelo entre los de su especie...

El Hospital Godin es considerado como uno de los mejores del mundo y cada vez que se le nombra acude a la memoria la imagen de aquella intrépida mujer, que confiando en sus débiles fuerzas —¡oh, prodigio de la voluntad!— recorrió el caudaloso y largo Amazonas hasta encontrar a su esposo que, mártir de la ciencia, regó con sangre las selvas americanas.—FIN.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LA VIDA NOS SONRÍE, CURRINCHE, YO CREO QUE DEBÍAS CONVIVIRME A MERENDAR EN EL CAMPO

SI USTED TUVIERA BUEN CORAZÓN Y ME PRESTASE DOS REALITOS LO CONVIVIRÍA



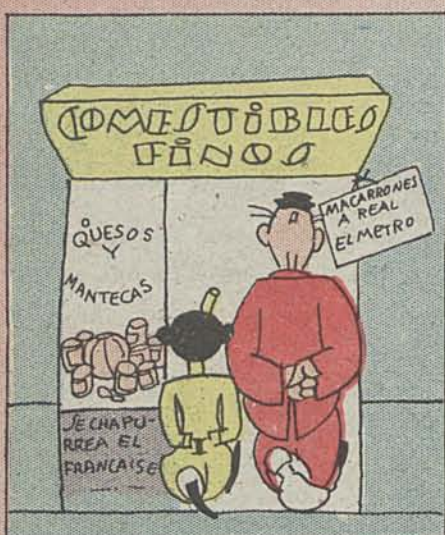
MIRA NIÑO, NO TE CONSIENTO QUE Dudes DE QUE TENGO UN CORAZÓN QUE NO ME CABE EN EL PECHO. PERO LO QUE NO TENGO SON LOS DOS REALES

PUES NO HAY MERIENDA



LA VIDA ASÍ ES UNA BIRRIA, IGUAL ME DA QUE HAGA SOL COMO QUE LLUEVA, PORQUE SIN MERIENDA SE MUEREN LAS ILUSIONES

NO SE PONGA ASÍ, HOMBRE, QUE YO CREO QUE EL TENDERO NOS FIARÁ UNA LATITA DE SARDINAS



¡VIVA LA VIDA, CURRINCHE! ¡Y ATENEMOS MERIENDA! ¡QUÉ BIEN SE VIVE CUANDO HACE SOL Y HAY SARDINAS!



VÁMONOS AL CAMPO QUE HOY LA VIDA NOS SONRÍE

A UN SEÑOR QUE YO CONOCÍA SE LE CAYÓ EL BIGOTE POR COMER SARDINAS

SERÍA POSTIZO



OYE, CURRINCHE, AQUEL TIO QUE VIENE POR ALLÍ ME DA MALA ESPINA, YO CREO QUE ES UNO DE LOS SIETE NIÑOS DE ECÍJA

UN SERVIDOR SE VA A ESCONDER EN EL ÁRBOL POR SI LAS MOSCAS...

COMO EL CABALLITO TENGA COSQUILLAS VA A PASAR ALGO GORDO

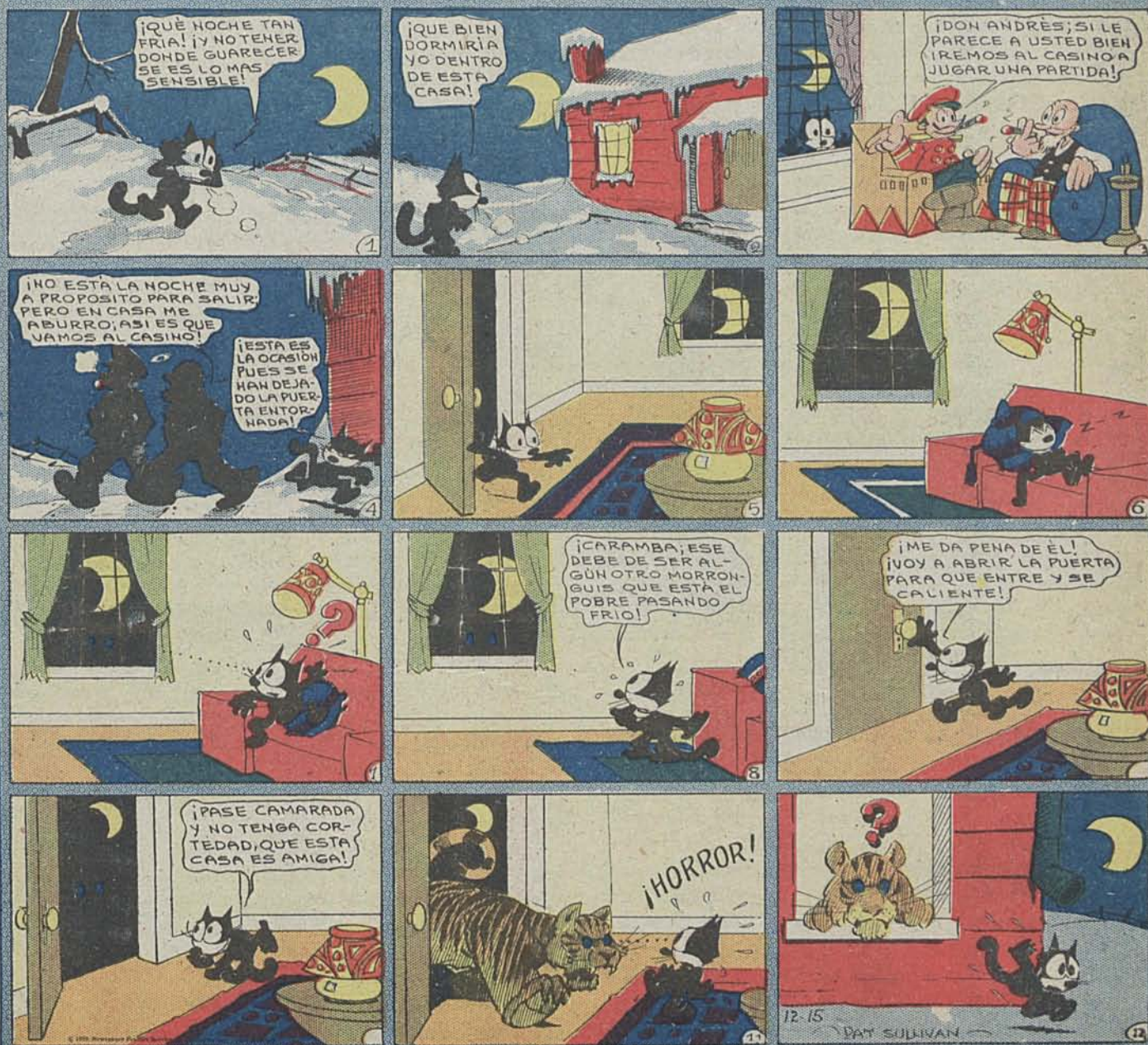
LA BOLSA O LA VIDA



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL CHICO DE CARMONA

Castillo



Hay en Sevilla una casa siempre cerrada a piedra y lodo, con muestras de estar abandonada por sus dueños. Jamás se vió a nadie en la terraza, ni alma viviente asomó por aquellas ventanas. Pasé cerca de allí y, volviéndome a las personas que me acompañaban, les pregunté quién era el inquilino de aquel viejo edificio.

Miráronse unos a otros y, por fin, el más resuelto me dijo:

—Esa es la *Casa maldita*, así llamada por ciertas lúgubres historias que se cuentan de ella. Desde hace muchos años está cerrada, y en Sevilla no habría quien la alquilase. Los chicos la apedrean con frecuencia, tanto, que los dueños de la casa han renunciado a ponerla cristales.

—¿Y no la habita nadie?

—Sí, señor—contestaron—; viven allí los propietarios de la casa, que son un matrimonio anciano y sin hijos. Nunca se les ve salir, ni asomarse a las ventanas; de suerte, que todo Sevilla ignora de qué se mantienen.

—Pero ¿qué historia es la que se refiere de esa casa?

—Óigala usted: Hace muchos años vivía en esa casucha un viejo llamado el tío *Sacatripas*, porque de él se contaba que por la noche salía en busca de los muchachos que volvían tarde a su casa; los cogía, los encerraba en una cueva, y les sacaba los intestinos para hacer con ellos brujerías. Podrá ser verdad o mentira, pero es lo cierto que por aquel tiempo desaparecieron cinco o seis niños, sin que pudiera averiguarse dónde habían ido a parar. Todas las noches se veía una luz verde en una de las ventanas del piso alto, y por la chimenea salía humo espeso con reflejos luminosos. Todos creían que el tío *Sacatripas* tenía pacto con el diablo, y que aquella luz verde no era ordinaria.

Una noche oyeron los vecinos un ruido formidable, algo así como una bomba que hubiera estallado; después unos gemidos, y luego nada...

Al día siguiente se dió parte a la justicia, y ésta penetró

en la casa; en el piso bajo nada se encontró; pero en el de arriba fué hallado el cadáver del tío *Sacatripas* junto a los restos de una retorta, cuyos fragmentos denotaban que había estallado, y en su explosión arrancado la vida a aquel viejo misterioso.

»Pero, hete aquí que, cuando ya nadie se acordaba del suceso, vino a hablarse de nuevo del asunto, a causa de haber dicho los vecinos que de aquella casa partían por la noche unos ruidos terroríficos, como de lamentos y arrastre de cadenas. Esto bastó para que nadie pasara por la casa sin hacer la señal de la cruz; y de noche, ni los más valientes se detenían ante el portal. Algunos bravucones pretendieron quitarle la mala fama; y tres de ellos, que una noche se atrevieron a quedarse dentro, a poco pagan con la vida su temeridad. Uno de ellos se precipitó huyendo por la ventana, y los otros salieron de la casa con los pelos de punta y corriendo como alma que lleva el diablo.

Llegó a Sevilla un muchacho de Carmona, que se comprometió a pasar una noche en aquella casa y limpiarla de duendes. Diéronle la llave; y el mozo, después de comprar dos velas y cargar hasta la boca un par de pistolas, penetró resueltamente en la casa. Fuése en derecha a una alcoba; puso la vela en un candelero sobre la mesa; colocó sobre una silla, al alcance de su mano, las pistolas; y, envolviéndose en una manta, esperó. Sería cosa de media noche cuando un lejano ruido de cadenas vino a despertarle.

»Ya están ahí—se dijo—Veamos si se atreven a presentarse por acá.

»En efecto, a poco el ruido se fué acercando, y, por fin, una rara figura vestida de negro, con capuchón calado, apareció en la puerta de la alcoba.

»Atrevido mortal—dijo el fantasma—que te atreves a interrumpir la soledad de estos lugares, vas a perecer por temerario.

»Mira, mala facha—contestó el muchacho—, vete de aquí con viento fresco. No estoy para bromas.





»En esto se oyó ruido confuso, como de gente que rezase, y el fantasma dijo:

»—Ya están rezando por tu alma, conque disponte a bien morir.

»—Por última vez te digo que te largues. No me asustas; y si continuas molestándome, te voy a meter en la cabeza una onza de plomo.

»Quedó un momento vacilante el duende; pero, creyendo intimidarle, avanzó hacia él.

»El chico, viéndose amenazado, cogió las pistolas y gritó:

»—Esteban, Paco, Luis, cerrad las puertas, y que no se os escape nadie, que aquí tengo cogido a éste.

»En el acto cesó el ruido de cadenas, y sólo se oyeron carreras y abrir y cerrar puertas. El joven cogió una pistola, comenzó a recorrer la casa, hasta que descubrió cerca de la cueva un trozo de cadena. Levantó la trampa, y descendió hasta el sótano; pero allí tampoco vió nada que denotara la presencia de nadie.

»—Pues ellos—se decía Juan, que tal era el nombre del mozo—deben andar por aquí. En fin, mañana los buscaré mejor.

»Al día siguiente salió a la puerta de la casa maldita, donde le aguardaban los dueños de la casa y algunos curiosos que, enterados de la ocurrencia, venían a saber si estaba vivo Juan el de Carmona. Éste, a cuantas preguntas se le hicieron, contestó con evasivas, hasta que, al fin, dijo:

»—En esta casa no hay duendes; y la prueba de ello es que voy a estar viviendo un mes en ella.

»A la noche siguiente volvieron a oírse los ruidos de cadenas, y esta vez aparecieron diez o doce fantasmas, que, provistos de espadas, avanzaron hacia Juanillo, el cual, envuelto en su manta y acostado tranquilamente, no hizo el menor movimiento.



»—¡Muerre, perro!—exclamaron.

»Y a un tiempo doce espadas le atravesaron. Pero, ¡oh sorpresa!, en aquel momento se oyó una carcajada en la puerta de la habitación, y al volver la cara los fantasmas vieron a Juan con una pistola en cada mano y que les dijo con sorna:

»—Han pinchado ustedes un pelele. Juan el de Carmona

está aquí, y o se entregan ustedes o hago fuego.

»Quedaron los fantasmas paralizados ante aquel valor, hasta que el jefe dejó la espada, se adelantó hacia el muchacho, y le dijo:

»—Un valiente como tú merece recompensa. No nos mancharemos con tu sangre. Compañeros, hablemos con este muchacho.

»Los fantasmas obedecieron.

»—¿Quieres ser rico?—preguntó a Juan el jefe.

»—Sí repuso Juan—, siempre que lo sea honradamente.

»—Pues ven con nosotros, déjate vender los ojos, y pasarás, a nuestras habitaciones.

»—¿Y no sería mejor que fueráis vosotros delante y yo sin venda? ¡Vamos, que no me dejes coger como un tonto! Si no tenéis confianza en mí, mañana vendrá aquí la justicia y todo se registrará, y ya veremos cómo se os encuentra.

»—Confío en tu palabra—dijo el jefe.

»Y todos los fantasmas echaron a andar delante de Juanillo. Ya en la cueva, hicieron girar una piedra, que dejó al descubierto una puerta; por allí penetraron todos, y detrás Juanillo, siempre pistola en mano y ojo avizor. Aquella habitación estaba llena de máquinas.

»—No me digáis nada—dijo Juanillo—. Sois monederos falsos.

»—Es verdad—dijo el jefe asombrado de la perspicacia del muchacho—. Cállate y serás rico. Trabaja con nosotros y harás fortuna.

»—Muchas gracias, amigos. No os denunciaré; pero he ofrecido limpiar de duendes la casa, y ya estáis aquí de más. Soy pobre, pero honrado, y Dios me protegerá. Pasado mañana vendré a ver si os habéis marchado, y, si aun estáis, daos por muertos.

»En efecto, los monederos se marcharon, y nadie volvió a oír ruidos misteriosos; pero la casa ha quedado señalada con el nombre de *maldita*, y se la mira con prevención.

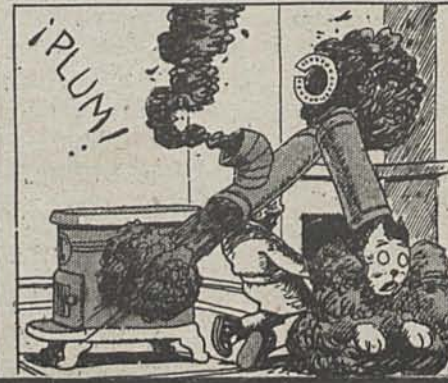
—¿Y qué fué de Juan?

—Marchó a América, y bien pronto llegó a ser millonario. Fué el premio de su honradez.



ANITA

BUEN-CORAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi amigo Paco
por
María Barroso



Retrato
por Javier Fernández



Pinocho en el agua
por María Olasagasti



Don Turu por
Lorenzo Aramburo



Piel roja
por Vicenta Pastor



El elefante sagrado
por R. Teixidó



Un acorazado
por José García-Parreño



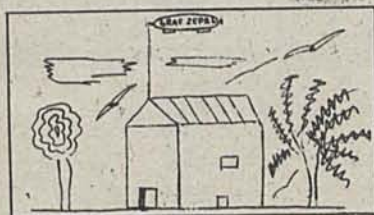
Jeroglífico
por A. Bobo



El doctor Marden
por E. Briz



Chin-Fu
por M. Piquero



Una casa por Julio Solares



Una muñeca
por Marta Orduña



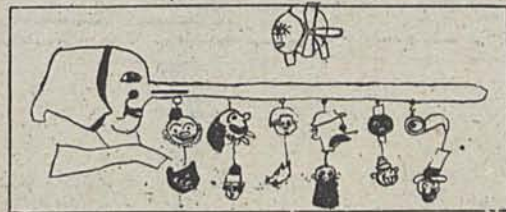
Pájaros por Salvador Pérez



Villa Pinocho
por Lolita Fernández



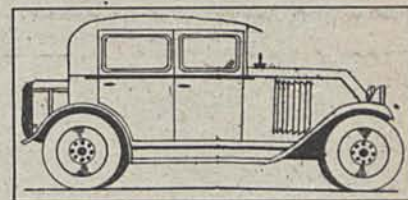
Mi hermano por
Lolita González



Personajes de Pinocho por E. Briz



Currinche en su lancha
por Juan P. Agudín



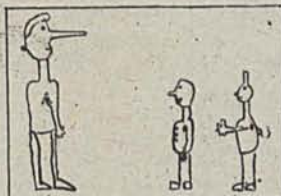
Un automóvil por Julio Fernández



Escena familiar
por Enrique Arias



Casa de un pinochista
por Aurora Ortiz



Tres retratos
por José M.ª Álvarez Cascos



Dos buenos amigos por Cayetano Vivas



Lolita por
Lolita González

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS DOS PELICANOS Y LA ARDILLA

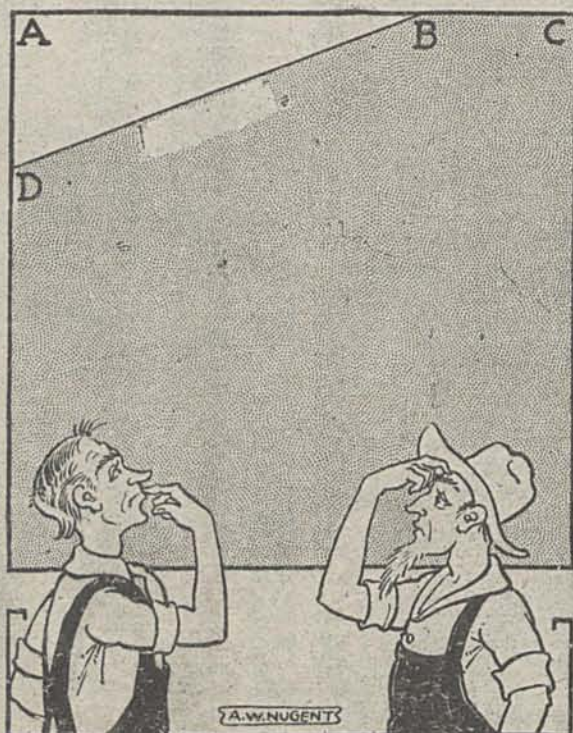


Una vez, en una ciudad extraña, de un remoto país, habitado tan solo por animales ocurrió el hecho que os voy a relatar. Era en la época en que los animales hablaban y se comportaban como personas. Tres de estos salieron de la ciudad encargados por su Gobierno de realizar una misión secreta. Para poderla llevar a cabo tenían que atravesar por el centro de un peligroso paraje lleno de tierras movedizas donde los infelices mandatarios encontraron su muerte.

¿Pero no veis el lugar en donde está cada uno? Pues, buscadlos, que los encontraréis sin duda de ninguna especie.

EL TABLERO

Hay que dividir el tablero en cinco partes de forma que cuatro de ellas serán de igual tamaño que la marcada con las letras A, B, y D. (Incluida esta) y la restante sea un cuadrado perfecto.



EL DOMADOR MISTERIOSO



El misterio desaparece en cuanto unais los números con líneas siguiendo el correspondiente orden.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

PAQUITO PIÑERÚA.—Si el espacio disponible en las columnas de mi revista lo permitiese publicaría con una atrocidad de gusto tu cuento y los de otros pinochistas que también me han enviado deliciosos trabajos literarios. Pero con harto sentimiento he de declarar que no es posible. Tus dibujos, en cambio, que por cierto son tan admirables como el cuento si se publicarán querido Paquito. Muchos abrazos.

ROSITA MARTÍN.—Gracias, muchísimas gracias por tu felicitación tan efusiva y tan cordial. ¿Pero es posible que dudases ni un momento siquiera de mi victoria sobre ese infame Chapete? La derrota de ese malvado está escrita y una y mil veces triunfaré sobre él en cuantas felonías acometa. Recuerdos de Pirula y abrazos.

JOSÉ M.^a SÁNCHEZ BENITO.—Magnífico el mejicano, estupenda el hada y soberbio el aviador. Todo irá a su tiempo a las columnas de mi revista. Tuyo siempre.

RICARDO MENDIZÁBAL.—No sé de eso ni una palabra. Cuando se publiquen las soluciones correspondientes a esos pasatiempos podrás apreciar tu mismo si tienes o no razón. Espera hasta entonces y verás. Tuyo

MANOLÍN DE PABLOS.—Me ha llenado de entusiasmo tu linda carabela. Es, desde luego, mucho más bonita que todas las carabelas que han surcado los mares. Se publicará tan pronto le toque su turno, que yo creo será pronto. Muchos y muy fuertes abrazos.

JOSEFINA MADARIAGA.—Me encarga Pirula te diga que en repostaría eres un hacha y que le ha gustado tantísimo la fórmula de tu postre, que la aprovechará para que los pinochistas vean lo que es cosa rica. Tin y Ton le están haciendo la vida imposible a Tecla porque quieren a toda costa que les haga el postrecito. Muchos recuerdos y muchos abrazos.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Teodoro López.
- Segundo premio.—Pepe Astudillo.
- Tercer premio.—Cruz Calvache.
- Cuarto premio.—Leandro Sotillo.
- Quinto premio.—Luis Gómez.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Petra Murias, Antonio Gasmeña; Ataulfo Vallado, Rosita Aristizábal, Pepita Bosch, Berthyes, Cosme Enteral, Tobías Colmenero, Ruperto García, Pilar Fariñas, Julio Fernández Herrera, Carmen Boltaña, Tadeo Sosma, Genaro Armengol y Saturio del Olmo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accesit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

LUIS AGRAMÓN VIDAL.—¿No has leído en mi revista las continuas advertencias que hago a todos los pinochistas que me envían dibujos a lápiz? Te repetiré, como a ellos, que es preciso hacerlos con tinta, pues de otra forma no hay posibilidad de reproducirlos para su publicación. Tu incondicional.

MATILDE CUEVAS.—Se recibió tu retrato y tus dibujos. Ambas cosas son lindísimas y se publicarán a su tiempo en las respectivas secciones. Pirula, Laura, Currinche, Don Turu y demás miembros de esta familia pinochista agradecen tus cariñosos recuerdos y te los devuelven con toda efusión.

ROMUALDO MEDINILLA.—No puedo anticiparte noticia alguna sobre el fallo que te interesa. De lo que sí puedes estar seguro es de que el Consejo Pinochista encargado de revisar y premiar los trabajos obra con la más estricta justicia y tiende siempre más hacia la benevolencia que hacia el rigor. Tuyo siempre.

EVARISTO MARTÍNEZ.—Me han gustado extraordinariamente todos los dibujos que me has enviado y todos, claro está, se irán publicando a su tiempo. Currinche me ha reclamado el que le dedicas y te lo agradece muchísimo. Un abrazo muy fuerte de tu incondicional.

ROSALÍA MEDRANO.—Tu primorosa obra de arte se publicará en mi revista, donde seguramente causará la admiración de los lectores. Es toda una obra de arte, sin exageración alguna. Siempre tuyo.

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE OCTUBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Fernando Vilariño.
- Segundo premio.—Mary Trini Moyano.
- Tercer premio.—José M.^a Álvarez Cascos.
- Cuarto premio.—Juan Romero.
- Quinto premio.—Pili Moya.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Lolita Fernández, Gonzalo Páez, Eduardo Lorite, Teodoro M. N., V. Tacón, Francisco C., J. Adeel Bonet, Luis Iglesias, M. A. de Sotomayor, Andrés R. de la Rosa, T. P. R., R. Jaraquemada, Pedro Rodríguez, Carmen Alli, Sira Fernández, E. G. Conde, M. G. Conde, M. P. Morales, T. Valdivielso, Rafaelito de la Rosa, E. Piquero, C. Azcárate, Juan Agudín, Julián Orcazarán, Milagros Romero, Paco Pino, Consuelito Fernández, Paquito Pérez, Antón Valcárcel, Ximpa IV y Angelines González.



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

LA GALLINA ENCANTADA

Marisol era una niña muy mona que tenía un papá llamado Bonifacio que era muy bueno y una mamá llamada Tomasa que era muy mala.

(¿Pero es que hay mamás malas?—me preguntaréis sin duda con asombro—. En la realidad claro que no las hay; pero en los cuentos suelen suceder cosas rarísimas, cosas extraordinarias, cosas en fin, que son lo contrario de la realidad; por eso son cuentos.)

Todo el día se lo pasaba Tomasa regañando a su marido, o pegando a su hija o gruñendo con unos y con otros; a vosotras os parecerá que ninguna de estas cosas pueda ser muy divertida pero ¿qué se le va a hacer? cada cual se entretiene con lo que puede.

Un día, Bonifacio, al volver de su trabajo, se encontró con una pobre mujer que vendía una gallina y que le suplicó que se la comprase, pues no tenía que comer; claro que podía haberse comido la gallina, pero esta era vieja y flaca y hubiera sido una misera comida; la pobre vendedora también era vieja y flaca, y esto apiadó al bueno de Bonifacio y le animó a entregar su jornal a cambio de aquella gallina que no había de servirle para nada.

Es decir, sí; le sirvió para tener un disgusto morrocotudo, pues cuando la terrible Tomasa vio la adquisición de su marido se puso hecha una fiera, cogió una escoba, y los palos que aquel día se perdieron no fué Marisol quien se los encontró.

Cuando se cansó de gritar y de pegar, Tomasa cogió la gallina y la metió en el corral a ver si, ya que no servía para comérsela, al menos servía para poner algún que otro huevo.

Todas las mañanas, Marisol iba a repartirles a las gallinas los granos de trigo que llevaba en su delantalito azul; y le inspiraba tanta pena la pobre Negrita—hasta le había puesto nombre y todo a la nueva gallina—que le daba doble ración, sin contar una racioncita suplementaria de cariño y de mimos.

Pero pasaron los días y Negrita no ponía nada; y una mañana, Tomasa amaneció más furiosa que de costumbre «Conque esa gallina—dijo al levantarse—además de no servir para maldita la cosa, va a seguir comiendo trigo? Ahora mismo la mato». Y ni corta ni perezosa se fué al gallinero con un cuchillo en la mano.

Pero al ir a agarrar a Negrita lanzó un grito agudo: Negrita había puesto

un huevo; pero ¡qué huevo! Un huevo que era un enorme brillante, o mejor dicho un brillante que tenía la forma y el tamaño de un huevo.

Pasado el primer momento de estupor y de alegría, se le ocurrió a Tomasa que a lo mejor—y a lo peor—Negrita les había engañado regalándoles un brillante falso y mandó a su marido que fuera a la ciudad vecina a ofrecérselo a un joyero; Bonifacio volvió radiante: en lugar de la piedra traía una bolsa llena de monedas de oro.

Al día siguiente, Negrita puso una perla; al otro, un rubí; luego una esmeralda, luego un topacio.

Total, que algún tiempo después toda la familia había abandonado su choza, y se alojaba en palacio magnífico en el cual, servidos por veinte criados, vivían espléndidamente.

Tomasa que, entre los diez o doce defectos que padecía (bueno, los padecían los que la rodeaban) tenía el de ser presumida y holgazana, ya no salía más que muy repantigada en carroza dorada, y cubierta de alhajas de pies a cabeza; tan ocupada estaba en lucir sus riquezas que había días enteros en que se olvidaba de regañar a su marido y de pegar a su hija.

¿Y Negrita? ¡Ah! Negrita era ahora la gallina mimada de la casa; estaba instalada en una habitación tapizada de raso, sobre cojines de terciopelo, y se alimentaba con un trigo especial que había sido regado con vino de Jerez y cuyos granos sabían a fresas y a chocolate.

Todas las mañanas, Tomasa iba a verla, a prodigarle toda clase de ternezas... y a recoger la piedra preciosa que la gallina encantada había puesto durante la noche.

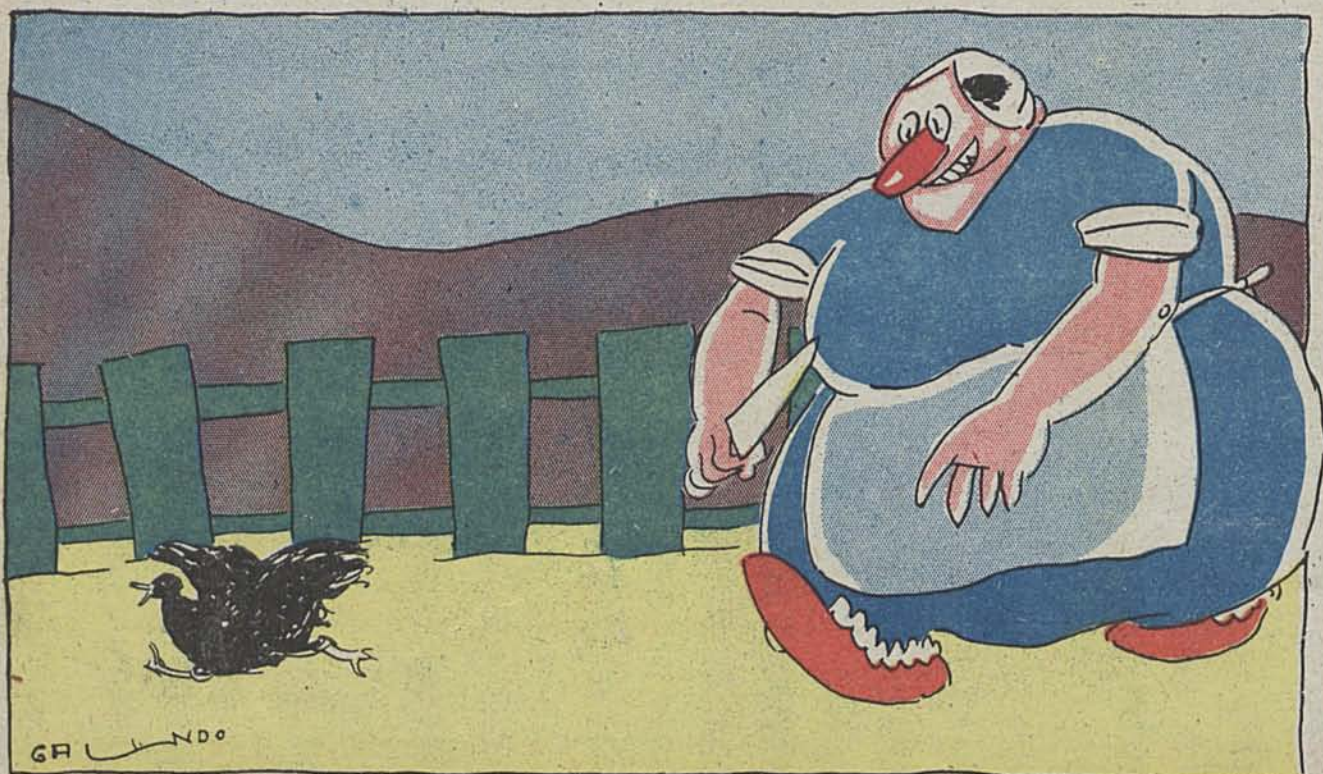
Negrita dejaba que se acercara Tomasa y cogiera la piedra; pero un día se le ocurrió ir a besarla y fué Negrita y ¡zas! le pegó un picotazo tal en la nariz que la quitó un pedazo (sea dicho entre paréntesis, esto no la perjudicó mucho a Tomasa, pues tenía la nariz demasiado larga.)

También Marisol seguía visitando a su Negrita; pero ella la besaba siempre y entonces la gallina frotaba suavemente su pico contra la mano de su protectora como si hubiera querido devolverle el beso.

Una mañana, sucedió algo asombroso; fué Tomasa a recoger el botín cotidiano, mientras se preguntaba, relamiéndose de gusto con anticipación: «¿Qué será hoy? Perla o brillante? Esmeralda o rubí? Casi me convenía que fuera un zafiro muy gordo para completar el collar que me estoy haciendo...»

Se acercó a la almohada de terciopelo donde estaba Negrita; alargó la mano y... ¿qué diréis que cogió? No era un zafiro, ni una esmeralda, ni un brillante. No era ninguna piedra preciosa.

Era lo que menos podía esperar encontrarse. Ya no me da tiempo a decirlo lo que era; pensad en ello y si de aquí al domingo próximo no lo habeis adivinado, yo os lo diré, os lo prometo.



GA L NDO